



30 Noviembre, 2017

ARTES LA ARTISTA, NACIDA EN SARIÑENA Y RESIDENTE EN LA HAYA, OFRECE UNA RETROSPECTIVA EN LA FUNDACIÓN VILA CASAS DE BARCELONA

Lita Cabellut: esa energía en los ojos

PINTURA, ESCULTURA Y FOTO
Retrospective

Lita Cabellut. Fundación Vila Casas. Barcelona. Hasta el 27 de mayo de 2018.

Lita Cabellut (Sariñena, 1961) es un acontecimiento en Barcelona, tanto que la Fundación Vila Casas ha programado su 'Retrospective' hasta el 27 de mayo de 2018: exhibirá sus obras, una selección de varias series datadas entre 2008 y 2017, durante casi ocho meses en el Espais Volart. ¿Qué pasa con esta mujer, de raza gitana, criada en calle, adoptada luego por una familia burguesa y formada al calor de los maestros del Museo del Prado, que reside desde hace muchos años en La Haya, Holanda?

Lita Cabellut es todo un espectáculo. Ella misma, torrencial y mística, que venera casi de igual modo a Camarón de la Isla que a los maestros orientales, posee carisma, energía, curiosidad y se envuelve en el mito, al que algunos como la narradora e historiadora del arte Sònia Hernández le han encontrado algunos resquicios o contradicciones. Al parecer, algunos de sus hermanos tienen otra percepción de la infancia y sostienen que quizá no fuera tan descarriada.

El espectáculo de un lienzo

Pero eso, a la postre, importa poco cuando uno empieza a recorrer las dos salas de la Fundación Vila Casas. Hay mucho que ver; si bien los formatos grandes –como observa el escritor y periodista Sergio Vila-Sanjuán– le otorgan un plus de grandiosidad y contundencia plástica, casi de conmoción, y se siente muy cómoda en ellos, esta 'Retrospective' ofrece de inmediato un friso de quince rostros expresionistas. 'Installation' (2010), que hacen pensar en las Pinturas Negras de Goya y también en cierta idea del monstruo, que se repite en otras series, y que podrían mitigar el paralelismo entre la dimensión y el impacto. En los formatos pequeños, más íntimos y desgarradores, Lita Cabellut casi parece mejor pintora. Más contenida y quizá más



Lita Cabellut se identifica con Coco Chanel. Le hizo este cuadro. LITA CABELLUT/VILA CASAS

experimental. La pintora oscense –que nos decía hace poco que había hecho una visita fugaz a Sariñena, donde la trajo al mundo su madre, de vida indecisa– es una gran trabajadora. Se maneja en la pintura, en la escultura y en la fotografía, disciplina que cada vez le apasiona más. Y eso se ve aquí, donde solo hay algunas piezas de series que tienen hasta veinte cuadros grandes.

En la Fundación Vila Casas pueden la obra inspirada en el Quijote y donde presenta cinco piezas: el Caballero de la Triste Figura, algo más grueso de lo habitual y bastante sombrío, con aspecto de borrascoso filósofo del siglo XIX, dos retratos de Sancho y dos de Dulcinea, uno muy espectacular, pleno de suavidad y lirismo. También está 'Coco', una pieza con cigarrillo; cinco piezas de 'Frida

Kahlo', serie en la que a veces, con sutileza y trazo energético, parece ensayar algunos autorretratos; hay dos Camarón, del que dice que es de quien más ha aprendido, «el arte se escupe», le gusta decir.

Están las obras de 'After show', vinculadas al circo y al teatro o, entre otras, sus 'Disturbance', donde juega con dos imágenes: el diálogo entre el alma desnuda y

el cuerpo vestido, donde es definitivo el juego de manos.

Hay mucho que ver. Lita Cabellut tiene una técnica especial, vinculada con el barroco y con los flamencos; le da a sus cuadros un particular acabado con técnicas mixtas, barnices a veces, y un peculiar craquelado (que es «la huella del tiempo», suele decir), y aunque maneja el óleo a su antojo, domina y usa la técnica al fresco. Le gusta trabajar, matizar los gestos y, sobre todo, potencia constantemente los ojos, que parecen refluir en continuo asombro ante los dones de la vida.

Diálogo con los maestros

A menudo derrama la pintura como lo hacía Jackson Pollock, con un descontrol atenuado. Aunque hay muchos hombres en sus cuadros, de una única figura, Lita Cabellut es una artista de la mujer y es, sin duda, una enamorada y una seguidora de Vermeer. No tiene esa levedad que se disuelve en atemporalidad, belleza y magia diaria, pero compone figuras con muchos matices y con una nobleza y una melancolía que no pasan inadvertidas. Si Goya es su gran maestro, su gran dios y su paisano preferido, y asimila también a Francis Bacon, Cabellut rinde homenajes explícitos a Diego Velázquez (no hay más que fijarse en la pieza 'Catarina de Jonge'), a Rubens y a los maestros flamencos, y despliega con intención muchas gamas de ternura.

Con convicción, casi como si estuviera poseída, como veíamos en el programa 'Crónicas' de la 2, 'Lita Cabellut: el lenguaje de los colores', se entrega, experimenta, busca todo el tiempo. Trabaja por temas o series con alma de filósofo. Y le gusta teorizar sobre el oficio: «El taller es el escenario de todo». «El hoy es el espejo de ayer. Por eso utilizo a los maestros para recordar de donde venimos». «El negro es el contraste entre la vida y la muerte. ¿Cómo te lo explicaría? El negro es el pincel de mi alma». En sus cuadros también hay algo que parece obsesionarle: una sensación de soledad indomable, lacerante. Quizá Lita Cabellut se conjure así, con arrebatos, contra la fatalidad y los pájaros tristes que acechan.

ANTÓN CASTRO